

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

*El Amor por principio y el Orden por base;
el Progreso por fin*

CARTA

AL SEÑOR DON

Alejandro Escobar y Carvallo

POR

Juan Enrique Lagarrigue



SANTIAGO DE CHILE

AÑO 49 DE LA ERA NORMAL

—
1903

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta Franco-Chilena

CALLE ESTADO 64

—
1903

Señor don

Alejandro Escobar y Carvallo

Muy señor mío:

He leído con vivo interés su artículo *La Cuestión del Norte* en el 4.^{er} número de *Los Nuevos Horizontes*. No puedo menos de congratularme de que Ud. se asocie calurosamente á la idea de la devolución de Tacna y Arica al Perú. Debo recordar sin embargo, ya que Ud. cree que hasta ahora no se había pronunciado mas palabra que la mía en favor de tan indispensable devolución, que nuestro conciudadano Don Tulio Morán la apoyó también en *El Heraldó Evangélico* de Valparaíso, siguiendo y loando la iniciativa de la Religión de la Humanidad á ese respecto. Y al dar este paso el señor Morán invocaba el verdadero civismo, que es naturalmente adverso á toda injusticia nacional.

Partidario Ud. del socialismo anárquico, no admite mas patria que el mundo, y sólo en tal concepto está Ud. por la devolución de Tacna y Arica. El anar-

quismo considera inconciliables los intereses de los diversos países, y aspira por eso á la abolición de las nacionalidades. No piensa así el positivismo que armoniza á todas las patrias en la Humanidad, como armoniza también las funciones respectivas de la mujer, del sacerdocio, del patriciado y del proletariado, en el organismo social. Ud. sabe que, guiado por esa doctrina, pedi encarecidamente á Chile se abstuviera de apoderarse de Tarapacá. Si el consejo no hubiera sido desatendido ¡qué de males se habrían evitado! Por confesión pública se reconoce ya que, tanto la absurda revolución parlamentaria de 1891 (que el positivismo se esforzó en vano por impedir), como la decadencia moral del país, han emanado de la anexión de Tarapacá sobre todo. ¿Cómo se explica después de esto que haya ahora quien se atreva á pedir la anexión de Tacna y Arica? ¿Hasta donde se quiere extraviar á nuestra patria? Eso es una inconcebible degradación de la conciencia.

La verdadera regeneración social consiste en seguir la Religión de la Humanidad, que concilia el orden y el progreso, el capital y el trabajo, la ciencia y la virtud. Pero al encaminarnos al porvenir,

seamos justos con el pasado. A las antiguas creencias se les aprecia de ordinario por el aniquilamiento en que hoy se encuentran, desconociéndoles los servicios que prestaron cuando se hallaban en armonía con la situación. Hay que rectificar ese criterio. No es razonable, por ejemplo, juzgar al catolicismo por la ruina en que lo vemos ahora. En la Edad Media fué una doctrina de vanguardia y encarnaba el progreso humano.

Al presente el catolicismo no sirve mas que para la vida privada, en cuanto es todavía la creencia de la mujer, y ha perdido toda influencia pública. Lo comprueba particularmente, entre nosotros, la circunstancia de que no se haya levantado la voz de un solo sacerdote católico siquiera para pedir la devolución de Tacna y Arica. Y ello se atestigua mas aún en aquella extraña celebración de un *Te-Deum* en la catedral de Lima por un clérigo chileno, con motivo del triunfo de nuestras armas. Tan profunda perturbación moral de parte del representante de una doctrina que ha tendido á hermanar á todos los pueblos en Dios, es como un certificado de que ella ha muerto socialmente.

El monoteísmo está agotado. La no-

ción de Dios se ha vuelto, en efecto, absolutamente incapaz de moralizar á los pueblos. Ella estimula, por el contrario, la ambición de predominio exterior. Bismarck sancionó el espíritu de conquista en Alemania, diciendo que encima de su patria no había mas que Dios, y actualmente Roosevelt repite lo mismo á propósito de los Estados Unidos, impulsando á este país por la senda de los atropellos internacionales.

Cerremos moralmente el paso á esos funestos extravíos, proclamando bien alto que el principio normal de la justicia y el fundamento definitivo de la religión, es la Humanidad. Ante este verdadero Ser Supremo, ninguna nación puede erguirse para oprimir á otra, pues todas deben subordinársele y concurrir unidas á su servicio y á su glorificación. Reconózcasele al concepto de Dios su valor histórico, pero sustitúyasele irrevocablemente por el concepto de la Humanidad, que viene á cimentar la concordia universal.

El sentido propio de la palabra *religión* es independiente de toda teología. puesto que sólo significa convergencia de nuestra vida bajo su aspecto moral, intelectual y práctico hacia un mismo fin. Tan racional y expresivo es ese término

que hasta los que rechazan por completo las creencias sobrenaturales se llaman entre sí *correligionarios*, manifestando de ese modo que se reglan por idénticos principios. Considerada etimológicamente la palabra *religión* implica la idea de un doble lazo. Es decir, que liga y vuelve a ligar, disciplinando la conducta individual y juntando á los diversos individuos en una destinación común. La religión en su forma fetichista instituye el orden doméstico, en su forma politeísta preside al orden cívico y en su forma monoteísta intenta enlazar á todos los pueblos en la misma fé. Pero ni la creencia que fundó con tal fin San Pablo en Occidente, ni la que con igual propósito fundó Mahoma en Oriente, pudieron abarcar á nuestra especie entera. Ambas se neutralizaron mutuamente y hoy carecen de eficacia social. En cambio la Religión de la Humanidad ha surgido con las condiciones que la habilitan para ser la fé universal, reuniendo á los individuos, á las familias y á las patrias en una armoniosa y eterna colaboración.

Con perfecta lucidez está impreso ahora en la conciencia pública que el punto de vista social debe presidir á todo. Ya no se concibe ni arte, ni ciencia, ni in-

dustria de carácter egoísta sino altruista. En el fondo, el teologismo es la sistematización orgánica del individualismo, como el positivismo es la sistematización orgánica del socialismo. Si la teocracia y la teolatría emanaron de la teología, á su vez la sociología es fuente de la sociocracia y de la sociolatría. El culto de Dios no debe vacilar en transformarse en culto de la Humanidad, como el régimen de Dios en régimen de la Humanidad, puesto que la ciencia ilusoria de Dios (teología) ha sido reemplazada por la ciencia real de la Humanidad (sociología). Así nuestros sentimientos, pensamientos y actos se armonizan para siempre en una suprema unidad social. El perfeccionamiento moral que es el más grande de nuestros progresos y que los resume todos en cierto modo, no puede ya operarse, como es debido, dirigiéndonos á Dios sino dirigiéndonos á la Humanidad, consagrándonos altruísticamente á su servicio.

Salud y Fraternidad.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(Calle Serrano, 213)

nacido, en Valparaiso, el 28 de Enero de 1852

Santiago de Chile, 12 de Federico el Grande de 49

(16 de Noviembre de 1903)